

Así sonamos juntos

Leonor Basallote

Hacer reales todos mis sueños

Daba igual.

No iba a necesitar nada que le recordase su pasado. Sería dueña de su futuro. Ella. Nadie más. No estaba dispuesta a posponer más su vida.

Metió en la maleta su frustración, la rabia y un puñado de vestidos sueltos. Ya tendría tiempo de preocuparse por su aspecto. Respiró hondo y observó la habitación que la había visto crecer. Los tonos rosados le despertaron un leve picor en los ojos. No quería volver a llorar. Aún notaba el corazón encogido después de la bronca monumental que había desatado la tormenta. Una ráfaga de aire se compadeció de ella y le refrescó las ganas.

De un par de pasos se acercó a la estantería, desde donde la saludaron sus libros preferidos. Sonrió; la pena volvió a tirar de su entereza al ser consciente de todo lo que dejaba atrás. Suspiró y se hizo con el tarro de cristal que había mantenido oculto desde la primera vez que aquella idea se le cruzó por la cabeza. En los casi cinco años que llevaba aplazándola, su fondo de emergencias no había hecho otra cosa más que aumentar. Con cada pelea; con cada grito; con cada sueño pisoteado o esperanza contenida en un labio mordido, se había obligado a ahorrar un billete que le facilitara la huida. El día había llegado. Aferró el cristal con manos temblorosas y lo retorció. Ser consciente de todas sus derrotas dolía. Aquel frasco se había burlado de ella durante demasiado tiempo, por eso lo había escondido, por eso nunca se había saltado aquella promesa a pesar de no tener que rendir cuentas a nadie si la rompía.

Los billetes saltaron sobre el colchón cuando abrió la tapa con energía. Los contó; «me aseguraré unos días de tranquilidad con este pequeño tesoro», pensó. No recurrir al comodín de la llamada era ahora su primera regla. El tono de suficiencia de su padre describiendo cómo se desarrollarían los hechos le estrujó las tripas al recordarlo. «No llegarás muy lejos. A ver cuánto tardas en pedir ayuda. No sabes cuántas ganas tengo de contestar a esa llamada, Carolina, no veo el momento...». Las carcajadas retumbaban aún en su cabeza, como el tambor en los oídos de un condenado a la horca.

Agarró con decisión la maleta donde atesoraría su futuro y encendió el portátil, dispuesta a buscar un vuelo hacia la ciudad que le serviría como escapatoria. Con dedos trémulos, acarició las teclas, preparada para escribir el nombre de su destino en el buscador. Un atisbo de lucidez la hizo detenerse. Si alguien se preocupaba en averiguar su paradero, encontraría allí su rastro, valoró. Cerró con rabia la tapa, observó su rostro en el espejo y le habló a su reflejo: «Es mi momento, no me arrepentiré», se prometió, como un mantra, mientras cogía un par de anillos, a modo de amuletos, para aliviar su desazón.

Volvió la vista atrás una sola vez, con el bolso al hombro y la guitarra a la espalda; no volvería a dormir en aquella habitación. Jamás vendería su sueño a cambio de una vida superflua.

El vuelo se le hizo largo, a pesar de que no la separaban más de dos horas y media de lo que, supuestamente, era su casa, y que recordaba de un viaje no demasiado lejano. Pero ser consciente de lo que acababa de emprender le provocaba un hormigueo en la punta de los dedos y azuzaba al miedo, que se erguía orgulloso por disponer de tanto espacio libre en su pecho. No había planeado nada. Ni previsto cómo serían sus días a partir de que sus pies sintieran esa ansiada libertad. La rabia la había empujado a cerrar con ímpetu la puerta de su pasado y había precipitado cada decisión. Cuando se había parado delante del mostrador de la aerolínea y pronunció el nombre de su destino, la voz le había trastabillado; un futuro borroso enturbió sus ojos y el temor al fracaso pesó sobre sus hombros.

Pero no se detuvo. Luchó contra la idea de retroceder y contra el millón de excusas que su mente había recreado en la sala de espera, mientras anunciaban el vuelo. Y ganó. Su primera batalla. Habría muchas más, de eso estaba segura. En cada uno de sus pasos, no medidos, habría una duda dispuesta a colarse por la rendija de la seguridad, pero aguantaría. Asió con fuerza los brazos del asiento y se concentró en ese futuro que la animaba a seguir. Recordó las palabras de uno de sus primeros psicólogos y sonrió al sentir que aquel consejo inocente se hacía realidad. «Busca siempre la salida. En medio del problema siempre hay una, solo es necesario saber mirar». En aquellos años, nunca entendió el mensaje, pero ahora, sentada en un asiento estrecho de clase turista, con el aire viciado de esperanzas y sueños, cobraba sentido. «Nada va a venir a buscarte, Carolina. La vida hay que comérsela como un pastel de arándanos, en tres bocados».

No supo que lo había dicho en alto hasta que la sonrisa de su vecino de asiento, un señor regordete que rozaba su brazo desde hacía un par de horas, la sobresaltó.

—Buen consejo.

Estiró los labios en una mueca forzada y volvió a cerrar los ojos hasta que sintió el golpe de las ruedas sobre la pista.

Acababa de aterrizar en su nueva vida y eso solo significaba una cosa: tendría que demostrar cuánto deseaba vivirla.

Después de vagar por las calles húmedas durante lo que le parecieron horas, sus pies empezaron a quejarse. Cuando el taxi la dejó en el área de Londres que mejor conocía, la realidad cayó sobre ella como una tormenta de verano: no sería capaz de resistir allí más de un par de semanas. Su presupuesto se desvanecería casi nada más empezar. Resignada, se acomodó la guitarra al hombro y salió de su zona de confort. Aquella era la primera prueba de aquel destino que ella vislumbraba tan nítido desde la comodidad de su habitación. Sin embargo, ahora, cuando las luces de las farolas iluminaban sus pasos con una luz amarillenta y parpadeante, la valentía se escondía tras la suavidad de las sábanas y se enfriaba a la misma velocidad que su piel.

Pasaron horas en las que anduvo perdida por calles anchas de barrios residenciales sin alma. Frente a la marquesina de la única línea de autobús que encontró, divagaba sobre la posibilidad de señalar un punto del mapa con su dedo índice, y que la suerte decidiese por ella, cuando recordó una conversación que podía arrojar un haz de luz en su laberinto particular. Uno de los agentes más valorados en el panorama musical, que trabajaba para su padre, se lamentaba del auge de uno de los distritos interraciales de la capital británica. Pudo

reproducir en su mente, casi a la perfección, cómo describía que se había visto obligado a rastrear nuevos talentos por allí. Buscó apresurada la localización en el mapa y Peckham se presentó ante ella como un cartel de neón que anuncia un grandioso espectáculo.

Después de tres transbordos y una larga caminata, un bullicio extraño para un lunes por la noche, murales de colores adornando las fachadas antiguas y tiendas de productos naturales de las que emanaban aromas nuevos le dieron la bienvenida. La zona la cautivó. Lo había encontrado. Su sitio.

El lugar en el que llevaba años perdiéndose en sueños emergió ante ella para apaciguar a sus demonios y reavivar la ilusión que la había arrastrado hasta allí. La fachada oscura le imprimía ese toque de seriedad que ella necesitaba, y la cercanía a una plaza muy dinámica la convencieron al instante: aquel albergue le permitiría resistir una temporada. El chico asiático que lo regentaba le ofreció una habitación al final de un largo pasillo y le entregó un llavero cuyo tamaño revelaba la importancia de no olvidarlo. Sonrió, con el peso del objeto sobre la palma de la mano, y se adentró en la habitación como quien entra en el pasaje del terror, alertada por lo que podía encontrar.

Se dejó caer sobre una de las camas vacías en cuanto comprobó la higiene de las sábanas y soñó con la libertad de poder hacer lo que más le gustaba, la mirada perdida en el somier de la litera superior. Tomó una bocanada de aire y el olor a desinfectante hasta le agradó. Sonrió como una demente y dejó que los párpados se le cerrasen mientras la forma de su sueño era cada vez más palpable entre las manos y nadie le impedía esculpirlo a su antojo.

El ajeteo en la mañana la alteró. Ruidos y voces que no identificaba se mezclaron en los primeros minutos de noción de la realidad. Abrió los ojos con pesadez y se peleó con la luz resplandeciente que se clavaba sobre sus pupilas dormidas. Pasaron unos segundos hasta que fue realmente consciente de dónde estaba. Los gritos, las risas de suficiencia y los «ya vendrás», unidos a los «no me conoces de nada», sonaron lejanos. El tintineo de unas tazas, las risas, el chirrido de unas ruedas, un grifo abierto e incluso una canción tarareada bajo el agua de la ducha dieron paso a una nueva jornada.

Se incorporó rápido y lamentó el golpe en la cabeza que la litera superior le regaló como buenos días. El frío bajo los pies la devolvió a la realidad: su corazón palpitaba como si llegara tarde a la vida. Agarró la bolsa de aseo y asió el pomo de la puerta del baño.

Un grito de «¡ocupado!» la hizo recular.

Observó la litera contigua. El miedo cosquilleó en su estómago vacío y su curiosidad se paseó por los efectos personales de su compañera de habitación. El pequeño desorden la ayudó a construir una tímida idea de cómo sería; una bolsa repleta de ropa deportiva, zapatillas desgastadas y unos auriculares de color fucsia poblaban su espacio. No recordaba que nada de eso hubiese estado allí la pasada noche, y se castigó mentalmente por tener un sueño a prueba de bombas aun en un colchón extraño. Aquella chica había entrado cuando ella ya estaba dormida, y no había oído nada. Su instinto la llevó a abrir el armario y comprobar que la guitarra seguía allí. «Debo dormir con ella cerca», se prometió, y acarició la funda de su pequeño tesoro.

El chasquido de una puerta al abrirse la sobresaltó. Una chica de piel oscura y pelo rizado le dedicó una sonrisa abierta.

—Hola. Soy Denise.

—Hola, Denise. Yo..., Carolina.

Los ojos vivarachos de ambas se estudiaron mientras se estrechaban las manos. La urgencia de la mañana aceleró el escrutinio.

—Lo siento —se disculpó Carolina sin dejar de mover las piernas en un baile nervioso—. Necesito entrar —confesó con los dientes apretados.

—¡Sí, sí! Perdona, no me he dado cuenta.

Denise se apartó y Carolina cerró la puerta con más fuerza de la que pretendía.

Cuando consiguió sentirse persona nuevamente, abrió la puerta y sonrió nerviosa a la chica que, sentada en un extremo de su cama, se ataba unas botas de charol bastante gastadas.

—¿Estarás mucho tiempo por aquí? —preguntó después de unos segundos en silencio. La chica, de sonrisa enorme, se explicó—: No me malinterpretes. Es más por una cuestión logística que por curiosidad. Trabajo en una compañía de ballet contemporáneo y suelo llegar bien avanzada la noche. Ayer me sorprendió encontrarte en la otra cama; hacía bastante que Jian no instalaba a nadie en esta habitación, pero ha debido de ver algo en tu cara que le inspiró confianza.

El ceño de Carolina se frunció. No sabía qué podía haber empujado al recepcionista a elegirla como compañera de aquella chica de andares elegantes y piel de ébano.

—No lo sé.

—¿Qué es lo que no sabes? ¿Cuánto tiempo te vas a quedar o qué razón llevó a Jian a asignarte la mejor habitación?

Carolina sopesó unos segundos su respuesta, pero no encontró ninguna que la satisficiera y solo sonrió.

—En realidad, aún tengo pocas respuestas y muchas preguntas. Solo puedo decir que pienso deshacer la maleta y colgar la ropa.

—Perfecto. Aquí estarás bien. El baño es el mejor de todo el edificio, y el agua sale de los grifos con bastante potencia. Hay que recordarle a Jian que pagamos por la limpieza para que nos cambie las sábanas, pero, en general, todo está bastante decente.

Carolina escuchó a su compañera con una mezcla de extrañeza y novedad. Intentó enumerar en su mente las obligaciones que debía asumir, pero en la cuarta línea ya todo se volvió borroso. Sacudió la cabeza para recolocarlas y se rascó la nuca.

—Lo apuntaré. Gracias por la información.

—De nada. ¿A qué te dedicas tú?

La pregunta de la bailarina volvió a hacer temblar los cimientos indecisos de Carolina. Aprovechó la pausa que Denise le brindó mientras guardaba las raídas zapatillas de punta en una bolsa, e inhaló para responder con toda la rotundidad que pudo.

—Soy cantante. —Esas dos simples palabras le explotaron en el pecho como la traca de unas fiestas de pueblo, y el sonido retumbó en cada recoveco de su cuerpo hasta encontrar el lugar exacto donde afianzarse. Una sonrisa orgullosa curvó sus labios, la satisfacción aceleró sus latidos y una melodía nueva desgranó los primeros acordes.

—Excelente. Ya me contarás cómo te trata la ciudad de las mil caras.

Se colgó aquella enorme bolsa al hombro y Carolina se maravilló al verla casi flotar con sus andares sinuosos.

—Suelo tener el sueño profundo. No deberías preocuparte por mí si llegas tarde.

—Me aprovecharé ahora que aún no tienes ninguna preocupación. Si después de un par de meses aún sigues por aquí, seguro que tu sueño ya no es tan profundo. —Denise le guiñó uno de sus oscuros ojos y se despidió desde la puerta—. Mañana charlaremos más rato; solo tengo un par de funciones.

Carolina asintió tímidamente. Se sentía mareada y no era capaz de asimilar la información que su flamante compañera acababa de extender como una alfombra bajo sus pies.

Aquella mañana, cuando pisó la calle, el sol la obsequió con unos rayos apocados. Carolina adoraba la lluvia y los días grises, que al resto del mundo parecían deprimir, pero le agradeció el gesto al astro rey y tomó como buen presagio para sus planes esa luz que, en lugar de cegarla, la guiaba. En la ducha, había elaborado una especie de *planning*. Llevaba años anhelando la libertad de la que ahora gozaba, pero no quería zarandearse como una hoja de otoño arrastrada por el viento. Debía observar, ese era el primer paso. Empaparse de los aires alternativos que ondeaban en cada esquina, pararse a ver qué había detrás de las prisas, abrazar los cambios... Asimilar todo aquello sin mirar atrás, con curiosidad. Se perdió por los callejones menos transitados sin preocuparse, reconociendo su nueva vida. Parecía una más, pero en su cabeza no dejaban de agolparse un millón de preguntas con respuestas tan inmediatas como volátiles. Su ánimo subió y bajó como en una montaña rusa, consciente de que aquella podía ser la mejor idea o la peor, en función del poder que les concediese a sus miedos.

Se agarró a lo que más amaba. La música. Por eso se sentó en una cafetería y se permitió disfrutar de la melodía que tañía un chico moreno, de pelo rizado y alborotado, que soplaba un saxofón y lo hacía llorar de pena o reír de alegría con una facilidad que la fascinó. Cruzó las piernas y apoyó los codos sobre las rodillas sin perder detalle del esfuerzo y el sentimiento que aquel instrumento demandaba. Cerró los ojos e hizo lo que tantas otras veces había hecho: dejarse llevar por la historia que su mente inventaba sobre las notas. Se balanceó y se estremeció cuando la melodía la condujo por caminos tortuosos, cielos estrellados que daban paso a una brisa húmeda y al vértigo. Olvidó el bullicio, olvidó que no

estaba sola y hasta compuso para sí un pequeño estribillo que acompañó a la melodía. Abrió los ojos cuando el músico dejó escapar los últimos acordes y se frotó los brazos al comprobar que Londres seguía igual de inestable: las nubes le habían robado protagonismo al sol, que volvía a estar oculto. Sonrió. Cuánto le gustaba parecerse a aquella loca urbe.

Al contrario de lo que ocurrió en la mayoría de las mesas que la rodeaban, ella permaneció sentada. Las gotas caían sobre su taza de café, sobre la mesa de mármol y sobre su piel. La humedad se fundió con el aire caliente y ella agradeció el bautismo con una sonrisa. Concentrada en el sonido de aquel chaparrón inesperado, no reparó en que el chico del saxofón se acercaba a ella, con el instrumento guardado en su funda y los rizos dominados por la lluvia, que empezaba a empapar las ropas.

—No tiene pinta de parar.

—Eso parece —contestó Carolina sin dejar de sonreír.

—¿Te gusta la lluvia?

—Me gusta mojarme.

—Entonces... quizás sea buena idea proponerte un paseo.

—Quizás.

Carolina lo observó un instante. Sus ojos marrones desprendían vida, y las gotas de lluvia resbalaban por las puntas de su pelo alborotado, apaciguándolo. La forma en que había tocado el saxofón delataba su sensibilidad. Sonrió como respuesta, dejó unas monedas encima de la mesa para saldar su deuda y echó a andar sin reparos.

La ropa empezaba a pegársele al cuerpo, y sus Vans pesaban de tanto pisar charcos, pero no le importó. Su acompañante la condujo hasta una enorme avenida y evitó la intimidad de las calles estrechas, mientras ella entretenía el silencio con pequeños saltos en un zigzag infantil.

—¿Hace mucho que estás por aquí? —preguntó el chico, curioso.

—Llegué ayer. —Lo miró y comprobó que él también sonreía—. Aún sigo dentro de un sueño.

—¿Y cuál es?

—Cantar —confesó mientras rodeaba una farola; las imágenes de aquella película en blanco y negro desfilaban por su mente.

—Bonito sueño, aunque muy cotizado. —Se encogió de hombros, y el peso de la ropa casi hizo pasar desapercibido el gesto—. ¿Tienes un plan?

—Llevo años trazándolo. Una esquina, mi guitarra y mi voz. Eso es lo único que necesito.

—Te servirá las primeras veces. —El tono condescendiente la desanimó.

—Me servirá... siempre.

—Los comienzos son idílicos, pero la realidad tiende a ponerlo todo en los lugares menos apropiados. ¿Sabes ya qué esquina está libre? ¿Has solicitado la licencia de artista callejero para que te dejen tocar sin riesgo a que te detengan? ¿Has preparado un repertorio variado que no aburra a los vecinos colindantes con las mismas canciones una y otra vez?

Las preguntas de aquel desconocido la calaron más que la lluvia que empezaba a amainar, intimidada como ella por la realidad que se había colado en escena.

—No.

—No quiero desilusionarte, pero necesitas saber que, aunque todo esto de tocar o actuar en la calle tenga un tinte bohemio y soñador, ya no hay forma humana de hacer nada que conlleve la palabra «libertad» sin dejarlo registrado. —Le ofreció su mano húmeda y se presentó—: Me llamo Ronan.

—Carolina —contestó con un hilo de preocupación en la voz.

—No te desanimes. El fin es lo importante. Aún estás a tiempo de que te entreguen la licencia y cumplir tu sueño. Quizás no puedas quedarte con la mejor ubicación, pero si eres buena, dará igual el lugar: la gente se detendrá a escucharte y... ese es el objetivo, ¿no? —La sonrisa de Ronan volvió a ilusionarla.

Retomaron sus pasos. La lluvia se retiraba del escenario, dejando el suelo repleto de charcos donde Carolina podía ver reflejada su decepción.

—Debí planearlo mejor. Tanto tiempo pensándolo y al final...

—No te confundas —sentenció Ronan cortándole el paso de un brinco—. Has hecho lo que debes hacer: saltar al vacío y perseguir tu sueño. No dejes que un par de formalismos te impidan cumplirlo. Si cantas la mitad de bien de lo que sientes la música, será una delicia escucharte.

Un tono rosado pintó las mejillas de Carolina. «Él tiene razón», pensó. Si nada la había frenado durante todo ese tiempo, no lo iban a hacer unos trámites burocráticos. Levantó la vista y se dejó llevar por la ráfaga de positividad que derramaban su acompañante y el aire que refrescó sus mejillas. Saltó en uno de los charcos más grandes que se cruzó en su camino y sus labios dibujaron una sonrisa radiante. El agua los salpicó a ambos y las carcajadas resonaron en las fachadas redecoradas con grafitis reivindicativos. Carolina se dejó llevar por el momento y tarareó su particular versión de *Singing in the rain* mientras saltaba de charco en charco. Ronan la siguió sin saber muy bien qué extraña conexión lo empujaba a hacerlo. Sacó su saxofón de la funda en una de las pausas y la acompañó en su actuación hasta convertir aquella locura en música. Varios viandantes se pararon a observar.

Cuando Carolina se percató de que no estaban solos, ralentizó la canción y buscó a su recién estrenado acompañante con la mirada. Ronan se arrimó a su hombro, la empujó con su melodía y la impulsó a seguir. La letra brotó tímida y susurrada, al principio, casi diluida en las notas metálicas del instrumento de viento, pero cobró fuerza cuando el público no se marchó, sino que aguardó el estribillo de aquella canción esperanzadora que hablaba de amor y de felicidad. Carolina bailó, se colgó de una farola, saltó sobre el agua estancada,

y hasta salpicó a los curiosos cuando la emoción fue creciendo y sintió, de verdad, lo que significaba aquel instante. ¡Estaba cantando! En la calle. Con espectadores que sonreían e incluso se mecían al compás. Su pecho se hinchó para el estribillo final; podía pasar horas así. Taconeó, y el cielo volvió a regalarles unas gotas más de lluvia para la escenificación. Se acercó al público, que cada vez era más numeroso, y lo animó a unirse cuando el final se acercaba. Ronan le sonrió con los ojos, la guió con sus notas y hasta improvisó el famoso baile de claqué antes de poner el punto y final entre aplausos.

El par de reverencias de agradecimiento la marearon. Contempló los gestos alegres a medida que los rostros se dispersaban y no pudo borrar la sonrisa de sus labios. El latido de su corazón retumbaba tras el esfuerzo. El hormigueo que subía por sus piernas y el nerviosismo que provocaba no poder frenarlas azuzó aún más su alegría. «Es esto», afirmó sin dudar. Conocía la sensación que pugnaba por salir de su pecho, y que siempre había tratado de enjaular. Respiró un par de veces, inundó sus pulmones de una brisa húmeda que la refrescó y dio un par de vueltas sobre sí misma para liberar el resto de energía. Gritó con los brazos en cruz y alzó la vista hacia el cielo plomizo, que parecía un buen cómplice.

—No ha estado nada mal. —Ronan se aproximó a ella con la gorra repleta de monedas.

—¿Y eso?

—Eso es tu primera recaudación.

—¿Has pasado la gorra?! —preguntó incrédula.

—Vivo de esto, por si no te habías dado cuenta.

—Sí, sí, no me malinterpretes —la afirmación del músico la obligó a justificarse—, lo que pasa es que ni siquiera me he dado cuenta.

—Es normal. —Se encogió de hombros—. Con la excitación y los nervios de las primeras veces, suele pasar. Disfruta de la sensación, aunque... deberíamos irnos rápido. Si no recuerdo mal, esta zona corresponde a un grupo de animadores y bailarines; deben de estar en un descanso. Si se enteran de que hemos actuado aquí sin su permiso, tendremos problemas.

Carolina siguió los pasos apresurados de Ronan sin hacer preguntas. Ese tipo de problemas eran los que debía evitar. Unas manzanas más arriba, fue el saxofonista quien la enfrentó.

—Bueno..., yo debo quedarme por aquí. —Su mirada se perdió en la boca de metro que tenían a la espalda—. Doy clases a un chico un par de horas a la semana, forma parte de mi sustento.

—Sigue siendo música.

—No es igual que tocar, pero engrandece el espíritu.

—¿Te veré en otra ocasión? No conozco a mucha gente —preguntó con cierta lástima en el tono—, y después de lo de hace un rato, seguro que querré repetir.

—No tengo teléfono. —Ronan se encogió de hombros y la miró con un brillo infantil en los ojos—. Se me estropeó hace un par de días y aún no he recaudado lo suficiente para uno nuevo. Pero podrás encontrarme en mi plaza; estaré allí cada mañana.

—Entonces, iré a dejarme llevar por tus melodías para empezar el día.

El músico desapareció por las escaleras del subterráneo, y Carolina tuvo por primera vez la sensación de que había conocido a alguien con esencia.

Tardó en encontrar el edificio y en hacerse entender con el señor de uniforme almidonado y pose erguida que custodiaba la entrada, pero lo consiguió. Pasadas un par de horas, ya sostenía la licencia que la acreditaba como artista callejera y le permitía exhibir su talento en el metro. Le asignaron la estación de Green Park, una de las más céntricas, que acababa de quedarse en silencio debido a la enfermedad de uno de los pianistas más longevos de las calles de Londres. —Es tu día de suerte —aseguró la funcionaria tras un gran mostrador de cedro—. Las únicas libres a estas alturas son las estaciones de la periferia, donde solo te cruzarías con ejecutivos amargados y cansados después de una larga jornada.

Carolina abrazó aquel papel como un preso su carta de libertad. Prometió volver a la plaza de Ronan para agradecerse y caminó hasta la boca de metro más cercana, dispuesta a buscar la mejor ubicación para ella, su guitarra y su música. Después de casi veinticinco minutos embutida entre olores, empujones, conversaciones, miradas furtivas y miles de historias calladas, salió del vagón y se paseó por el que, a partir de ese día, sería su escenario: un pasillo ancho e iluminado con fluorescentes que parpadeaban cansados.

Lejos de desanimarse, equiparó aquel temblor a los focos de un teatro, o a un local oscuro al que solo acudían músicos de renombre y clientes ávidos de canciones nuevas, y la estampa la animó. En su primer paseo se centró en las caras, ¿qué clase de público la escucharía? Cuando fue consciente de la diversidad, volvió a recorrer el pasillo casi con los ojos cerrados, percibiendo los sonidos de la muchedumbre, el chirriar de los frenos de los vagones, el roce de las ropas, las disculpas apresuradas, las risas... Todo podía inspirar una melodía. Cada una diferente y adecuada a un instante, pero todas encerradas entre paredes curvas de azulejo que brillaban tanto como sus sueños. Se alegró al sentirse parte de aquella vida y volvió a subir al vagón para ir en busca de su más fiel acompañante: su guitarra. Nada en el mundo podría impedir que aquella misma tarde Carolina se sentase a cantar en su rincón particular.

